

a salir ocupada en criar los niños y atender el negocio durante las periódicas ausencias de Don Ahmed. Uno de sus últimos actos antes de emprender el viaje a la capital fue echar las cenizas del difunto esposo en el arroyo que cruzaba el campo que había sido de su propiedad, para que las aguas repartieran sus restos en la tierra que él tanto había querido, según lo que me dijo. Con este acto la viuda dejó el luto y Solís de Mataojo camino a una nueva vida en Montevideo.

La vida de Doña Zulma también fue, si no de opulencia, de holgura y tranquilidad. Diez años después del fallecimiento de Don Ahmed fui invitado a visitarla con el fin de verificar el orden de los títulos de las posesiones. Me pareció un pretexto rebuscado. Durante esos años había requerido mis servicios profesionales en varias oportunidades ante la compra de campos, vehículos y ganados que engrosaron su patrimonio. Siempre la encontré muy bien, asentada y reposada, trabajadora y meticulosa en el cuidado del dinero. Para este encuentro los niños ya estaban crecidos y el mayor próximo a convertirse en poseedor de su parte de la herencia. Supuse correctamente que la próxima mayoría de edad del heredero era la motivadora del interés de la viuda de reunirse conmigo. Acerté en parte.

Las propiedades habían crecido desde la muerte de Don Ahmed, por la sensata administración de Doña Zulma y por el descubrimiento de una insospechada fuente de ingresos a la casa. Fue allí que Doña Zulma me confesó radiante el origen del dinero adicional con el que se había beneficiado: la quiniela, en una forma tan reiterada y con un sistema infalible que hacía dudar del azar. Cada vez que Don Ahmed se le aparecía en sus sueños de viuda la incitaba a apostar en la quiniela. No sucedía siempre, a veces no soñaba, a veces en su sueño no aparecía el difunto. Pero cuando él aparecía